

# La peligrosa vida del grafitero

NARRATIVA ESPAÑOLA

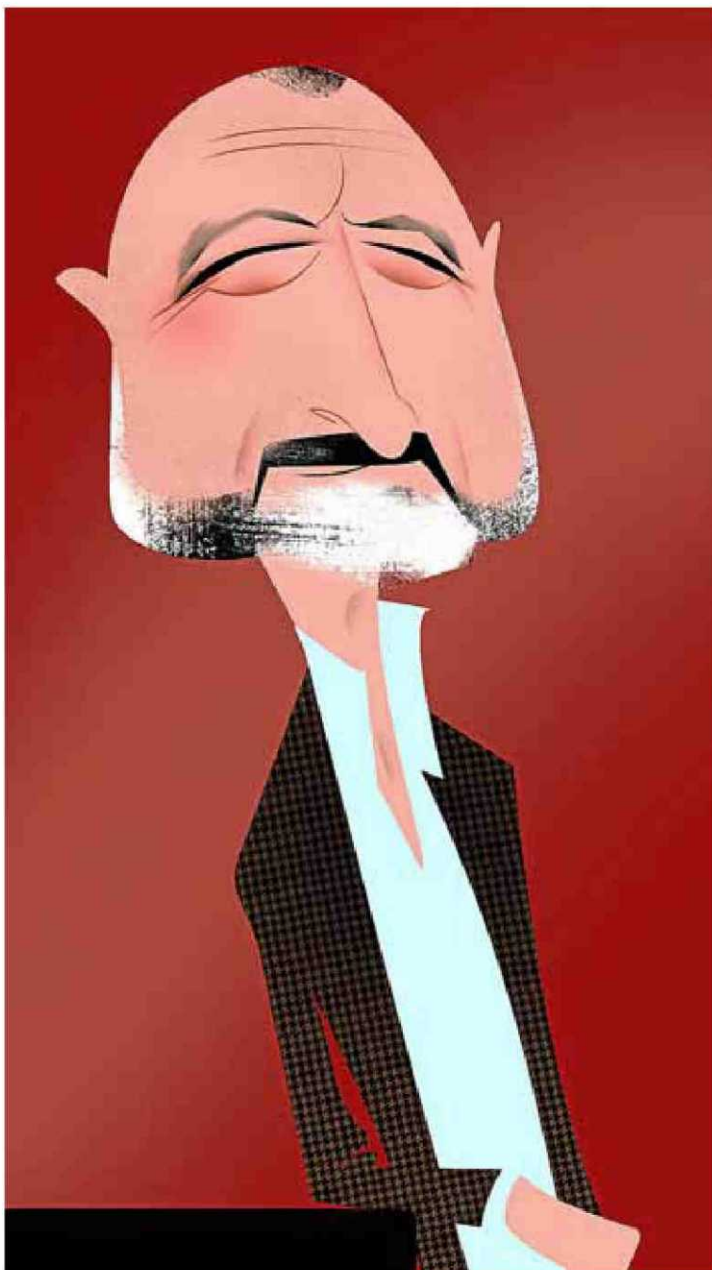
## El francotirador paciente

Arturo Pérez-Reverte.  
Editorial Alfaguara, Madrid,  
2013. 304 páginas.

Arturo Pérez-Reverte, como solía decir Jorge Luis Borges, podría ser «el otro y el mismo». O, mejor aún, casi siempre él mismo. Es un personaje ambivalente: puede ser soberbio, expeditivo y un tanto chulesco o colérico, sin pelos en la lengua y capaz de desafiar a Francisco Umbral a una riña callejera. Y a la vez hay otro Pérez-Reverte: el académico, poco complaciente con la Academia, el navegante, el lector apasionado, el erudito, el amante de los bellos libros y el novelista que nunca se acomoda, que siempre busca nuevos temas y caminos e incluso peligros, encrucijadas, desafíos. 'El francotirador paciente' es otra muestra más de ese desdoblamiento: es, de entrada, un ejercicio de humildad, de curiosidad y la exhibición de toda una poética de narrador. Todo lo humano me interesa y lo puedo meter en mis libros, parece declarar.

Pérez-Reverte ha dicho que este libro, centrado en un escurridizo grafitero, Sniper, está inspirado en Bansky, en Salman Rushdie o en Roberto Saviano, entre otros personajes, pero también tiene bastante del Kurtz de Joseph Conrad y de su novela 'El corazón de las tinieblas'.

La novela explora varias latitudes: de entrada el mundo de los grafitis y esa «raza especial de personas llamas escritores de grafiti», sus códigos y sus frases («las ratas no bailan claqué»; «si es legal, no es grafiti», se recuerda por ejemplo), la fuerza de los tags o firmas, esas vidas de guerrilleros urbanos que quieren desafiar lo establecido con una velocidad de vértigo y que se juegan la vida en más de una ocasión. Otra latitud, por decirlo así, es la elección del género: aquí se opta por el 'thriller' que también se mezcla con la novela de pesquisa o de persecución. Y la que



LUIS GRAÑENA

busca es Alejandra Varela, Lex, una mujer de 34 años que lleva más de una década dedicada al arte urbano y que posee numerosos contactos entre los editores, la policía o los teóricos.

'El francotirador paciente' arranca con una escena de 1990 donde aparece el misterioso Sniper, que pertenece a la banda de los «lobos nocturnos, cazadores clandestinos de



muros y superficies, bombarderos sin piedad que se movían en el espacio urbano, cautos, sobre las suelas silenciosas de sus deportivas». Más tarde, Lex se encontrará con el «editor» y «megapijo» Mauricio Bosque, que le dice: «Preparo un libro. Grande, importante. Con derivaciones complejas». Derivaciones de Arte Urbano. Hay que encontrar a Sniper, convencerlo

para que colabore, pero nada es fácil: Sniper, «que podría encontrarse en el planeta Marte», tiene otros flancos abiertos. Lo busca el industrial aragonés Biscarrués para vengarse: dice que él fue el responsable de la muerte de su hijo durante una acción.

A partir de ese instante, comienza la búsqueda de Sniper que ahora rozará los cuarenta y es un auténtica leyenda. La búsqueda de Lex, lesbiana y herida por el desamor o por una relación aciaga, le permite a Pérez-Reverte contar cómo viven y cómo trabajan los grafiteros, sus técnicas, su ideología más o menos radical, sus pesadillas («Estoy convencido de que Sniper siempre fue de los que duermen mal», se dice), los casos constantes de destrucción de paisaje urbano o esa inclinación a enmascarar su identidad. En esa investigación, el grafitero Topo explica que «Sniper es un paracaidista en las calles (...) Un intruso. Dio con el grafiti como otros dan con una pistola cargada. Lo que le pone es disparar». Sniper, como otros colegas, es refractario a las fotos y se alimenta de rebeldía y de música hip-hop. Y tiene una máxima: «Vamos a hacer una pieza en un lugar donde nunca antes la hizo».

No se puede desvelar nada más del argumento. La búsqueda de Sniper, del que casi nadie sabe nada, entraña muchos peligros y viajes a Verona y Nápoles. Lex se juega el tipo de manera inesperada. Y tan inesperada y sorprendente es la evolución y desenlace de esta historia que tiene su cénit conradiano en los subterráneos donde desembocan los trenes. Pérez-Reverte maneja su historia a su antojo, con intensidad y muchos recursos, y con algún que otro efectismo. Dicho sea de paso, el efectismo también es propio de los grafiteros que lo hacen todo por tener 'reputación'. Eso sí, cuando les ofrecen el oro y el moro, se alejan con una frase en los labios: «Cágate fuera». Son irreductibles. Terroristas en la guerrilla urbana. Nada es lo que parece. Pérez-Reverte construye deliberadamente un laberinto de espejos que encierra múltiples dramas y algún trampantojo.

ANTÓN CASTRO